

DIDIER COLIN

el Tarot y tu futuro

Con más de 55 000 interpretaciones



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro. Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.

Colección Magia y Ocultismo

EL TAROT Y TU FUTURO

Didier Colin

Título original: *Le tarot et votre avenir*

1.ª edición: abril de 2026

Traducción: *Juli Peradejordi*

Maquetación: *Isabel Also*

Ilustraciones: *Sandrine Fourrier*

©2025, Éditions First, sello editorial de Édi8, Francia
(Reservados todos los derechos)

Publicado por Éditions First, un département d'Édi8
www.lisez.com

© 2026, Ediciones Obelisco, S.L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-357-2
DL B 18059-2025

Printed in China

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Del oráculo del tarot a las claves de tu futuro	9
--	---

INTRODUCCIÓN

Las vidas paralelas del tarot y del Tao	13
--	----

¿De dónde viene el tarot?	16
---------------------------------	----

Una breve historia alternativa del tarot adivinatorio	19
--	----

¿Thora, Rota o Libro de Thot?	22
-------------------------------------	----

El libro de las evoluciones probables o la iniciación a uno mismo	23
--	----

¿Por qué «evolución probable»?	25
--------------------------------------	----

El instante crucial	27
----------------------------------	----

La tirada en cruz	28
-------------------------	----

Meditar y saber	28
-----------------------	----

La impresión instantánea	29
--------------------------------	----

La intuición o el efecto-memoria	30
--	----

¿Cómo usar este libro?	33
-------------------------------------	----

¿Con qué estado de ánimo realizar una tirada en cruz?	33
---	----

¿Cómo realizar una tirada en cruz?	34
--	----

¿Cómo interpretar una tirada en cruz?	36
---	----

Mis consejos	37
--------------------	----

CAPÍTULO I

Tu situación actual	39
----------------------------------	----

CAPÍTULO II

La evolución probable de tu situación	271
--	-----

LAS PREGUNTAS QUE TE PLANTEAS	505
-------------------------------------	-----

LOS 22 ARCANOS MAYORES PARA RECORTAR	513
--	-----

Prólogo

DEL ORÁCULO DEL TAROT A LAS CLAVES DE TU FUTURO

¿Te haces preguntas? ¿Te inquieta tu porvenir y, en general, tu futuro? ¿Cómo podría ser de otro modo, en el mundo tan caótico en el que vivimos? Pero, ¿sabías que el tarot y, en particular, los veintidós arcanos mayores de este juego adivinatorio, guardan en sí una magia o ciencia natural que puede ayudarte a encontrar tú mismo las respuestas que buscas? ¿Y cómo es esto posible?

Los veintidós arcanos mayores del tarot vehiculan un lenguaje: el lenguaje de los sueños y del inconsciente. Cuando hablamos del inconsciente, nos referimos a todo aquello que está enterrado en nosotros y que ignoramos. Sin embargo, esta ignorancia, en la que parecen mantenernos las fuerzas inconscientes de nuestro ser, no deja de poseer un saber absoluto. En otras palabras, el inconsciente sabe lo que tú no sabes. Y si pudieras, si no interrogarlo, al menos encontrar un puente para entrar en contacto con él, quizá éste podría darte algunas respuestas...

Eso es exactamente lo que ocurre cuando sueñas, cuando meditas, cuando tu mente se evade, cuando tienes visiones, intuiciones, reminiscencias, presentimientos, emociones fuertes, cuando te enfrentas a situaciones totalmente imprevistas o a acontecimientos que te confrontan con lo desconocido, lo invisible, el vacío, lo imposible.

En este tipo de circunstancias en las que ya no tienes realmente el control, es como si potentes oleadas del inconsciente te inundaran. Del mismo modo, cuando interrogamos los oráculos, presa de una emoción intensa, de una angustia tal vez, de una loca esperanza o de una idea disparatada, dejamos de ser realmente nosotros mismos y esas mismas fuerzas del inconsciente nos inundan.

Sin embargo, a diferencia de lo que sostienen ciertas teorías o de las ideas preconcebidas que solemos tener, y por muy inverosímil que pueda parecer, al formar parte integral de nuestro ser, el inconsciente no nos es totalmente inaccesible. Es cierto que se trata de una zona misteriosa de nuestra mente, la más vasta sin duda, la más extraña también, incluso la más incomprensible para nuestras mentes configuradas por la razón y acostumbradas a la lógica. Los veintidós arcanos mayores del tarot nos permiten entrar en contacto con la parte más secreta e inexplorada de nosotros mismos: ¡el inconsciente! Y, de nuevo, ¿cómo es esto posible?

Es posible porque las imágenes simbólicas presentes en las cartas constituyen una especie de código que puede ayudarnos a descifrar los mensajes provenientes del inconsciente. Cuando nos encontramos sumergidos en un sueño o en una realidad conmovedora, desconcertante, que nos hace perder toda nuestra capacidad de reacción, o bien cuando, dominados por una emoción o un sentimiento irreprimible, preguntamos al oráculo del tarot, activamos símbolos arcanos (de ahí el nombre de las cartas del tarot adivinatorio), arquetipos, todos esos modelos primitivos y todas esas fuerzas-madres invisibles que están en nosotros y en todo lo que nos rodea, en el origen de todas las formas de vida y de todos los fenómenos naturales.

Profundamente anclados en nuestra memoria ancestral, de una humanidad cuyo despertar de la inteligencia y de la conciencia probablemente se remonta a mucho más atrás en el tiempo de lo que estamos dispuestos a creer, estos símbolos y modelos universales conforman un lenguaje que en otro tiempo fue sagrado y hoy, vuelto profano, ya no sabemos oír ni leer tal cual.

En el inconsciente, por ejemplo, como en nuestros sueños, el pasado, el presente y el futuro no son más que uno. De ello se puede deducir que el futuro no constituye otra cosa que pasado o presente transformado. Así, para comprender, si es que es posible, el lenguaje del inconsciente, hay que olvidar por completo lo que concebimos de forma totalmente arbitraria, como el orden del mundo, el tiempo cronológico y la ley de causalidad.

También hay que olvidar ciertos prejuicios psicológicos, como aquel que sostiene que preocuparse por el propio futuro procede sistemáticamente de una angustia existencial de carácter neurótico, a veces obsesivo. Si te interesa tu futuro, haces muy bien en interesarte por él. Pero todavía es necesario saber cómo interesarse, para que tengas todas las oportunidades de descubrir información auténtica sobre ti mismo. ¡Porque la clave de tu futuro eres tú mismo!

Esta sabiduría que encierra y nos transmite el tarot adivinatorio, que nos ayuda a comprender que nada está fijado ni determinado de una vez para siempre en nosotros, igual que en la Tierra o en el universo, sino que todo evoluciona y se transforma constantemente, podrás ponerla en práctica leyendo los dos apartados de interpretaciones de tus tiradas, titulados respectivamente: «Tu situación actual» y «La evolución probable de tu situación».

Esta transformación permanente de los acontecimientos naturales, de los seres y de las cosas, y esta proyección en un tiempo dinámico que sintetiza pasado, presente y futuro, resuena con el Tao,¹ una filosofía china muy antigua sobre la vida y el destino de todo ser humano. Parece que, en el espíritu de nuestros antepasados, el tarot –convertido en un instrumento de adivinación y de sabiduría– y el Tao –esa filosofía espiritual y humanista que se vive día a día– llevaron, desde hace largo tiempo, vidas paralelas.

Introducción

LAS VIDAS PARALELAS DEL TAROT Y DEL TAO

Nuestra experiencia cotidiana, incluso en sus detalles más ínfimos, parece estar tan estrechamente integrada a la escala del Universo que es casi imposible considerar que ambos existan por separado.²

Lo que diferencia al tarot adivinatorio del Tao, que *a priori* parece que no tienen nada en común, dado que sus dispares raíces culturales los alejan el uno del otro, es el aspecto adivinatorio del primero y el lugar que ocupa el segundo en las religiones de la antigua China. De hecho, el tarot, su uso y su práctica adivinatoria, jamás se convirtieron en pretexto para fundar una religión. En cambio, a partir del concepto del Tao nació la religión taoísta, que junto con el confucianismo y el budismo ejerció una influencia preponderante en la evolución de la mentalidad china. Además, desde un punto de vista histórico, el Tao apareció en China como mínimo en el siglo vi antes de nuestra era, mientras que el tarot entró en las costumbres de Occidente, como muy pronto, a partir del siglo xiv.

No obstante, estos datos históricos, aunque sin duda precisos y correctos, resultan restrictivos en el sentido de que excluyen las influencias visibles e invisibles que los clanes, las tribus y luego los pueblos más o menos alejados geográficamente ejercieron unos sobre otros desde el principio de los tiempos. De hecho, gracias a los avances de la psicología, hoy sabemos que los pensamientos, las ideas, los estados de ánimo y de conciencia de los seres humanos se desplazan en el espacio y en el tiempo sin que entre ellos exista contacto directo y que a veces se manifiestan simultáneamente aún separados por largas distancias, como por arte de magia.³

Del mismo modo, con los avances de la física cuántica, las fronteras entre el espíritu y la materia se vuelven cada vez más finas, hasta el punto de que podemos decir que el espíritu actúa tanto sobre la materia como la materia

sobre el espíritu. En otras palabras, que toda forma o todo pensamiento que haya aparecido al menos una vez en la Tierra o en el Universo se reproducirá con toda seguridad. Como si, pues, los pensamientos y las formas se propagaran a través del espacio y del tiempo, como lo hacen los átomos y las células... Nos encontramos así proyectados en la memoria inconsciente universal que todo ser humano posee sin saberlo y de la cual extrae el «saber absoluto», evocado por Carl Gustav Jung a propósito del inconsciente colectivo.⁴

Inspirándonos en tales concepciones que pertenecen a nuestra imaginación primaria y a nuestro instinto primitivo, los cuales reprimimos cada vez más en favor de la razón y la lógica, encontramos vínculos sutiles y paralelismos evidentes entre el Tao y el tarot. En efecto, las semillas de ambos surgieron probablemente en la cultura ancestral y universal de la adivinación, que adoptó formas diferentes en Asia y en Occidente, pero cuyos principios y usos reposan sobre los mismos fundamentos y las mismas necesidades de los seres humanos de leer y comprender los signos que surgían y se manifestaban en ellos y a su alrededor, con el fin de vivir en armonía con su mundo.

Imitando la naturaleza –sus ciclos repetitivos, sus acontecimientos siempre conectados entre sí–, nuestros ancestros crearon instrumentos de adivinación que se convirtieron a la vez en juegos iniciáticos y herramientas del saber. Todo hace suponer que el tarot, bajo diversas formas, nació primero en el espíritu de nuestros antepasados bajo la forma de una especie de Biblia del azar y del saber. Ésta debió presentarse inicialmente como dibujos, figuras, representaciones que hoy llamaríamos «chamánicas»; como visiones y proyecciones repetitivas, que se convirtieron en marcas y referencias –en el cielo, en particular: así nacieron las primeras constelaciones–; como fenómenos cíclicos naturales y sobrenaturales, que coincidían con acontecimientos que se producían en las sociedades prehumanas. Para nuestros ancestros, en efecto, todo parecía vinculado y conectado; ellos mismos se sentían conectados a todo lo que los rodeaba.

Es ahí donde se encuentra la esencia misma del Tao y la del tarot. Sin embargo, al igual que el petróleo que bombeamos hasta la saciedad, hasta agotar este recurso natural, y que transformamos en gasolina para producir energía, también usamos y abusamos de la esencia y del sentido profundo del Tao y al tarot, convertidos el primero en un pretexto para no actuar, para conocer o ignorar las causas y consecuencias de nuestros actos y de nuestras acciones, y el segundo en una escapatoria al conocimiento y a la conciencia de sí. En otras palabras, y hablo por experiencia, el Tao y el tarot emplean el mismo lenguaje,

debido precisamente a que beben de las mismas fuentes de inspiración religiosa de nuestros antepasados, entendiendo por ello una voluntad de conocer todo lo que los unía entre sí y con el mundo que les rodeaba –lo que hoy llamaríamos el Universo.

Por desgracia, entretanto, la civilización dañó considerablemente la pureza de esta búsqueda y las buenas intenciones de nuestros antepasados. Sumidos en el mundo profano, el Tao se convirtió así en una religión y el tarot en una práctica adivinatoria, uno y otro para reconfortar, tranquilizar, asegurar a quienes viven siempre desgarrados entre la quietud y el miedo, la felicidad y la desgracia. Y aunque saben inconscientemente que una desgracia los espera inevitablemente, puesto que cometen muchos errores de juicio y actos erróneos, de todos modos, esperan siempre un futuro feliz. «Temblar de miedo, desbordar de alegría, es actuar sin conocer el fin de sus actos. Incluso obteniendo todo el oro del mundo, no se puede escapar de la desgracia».⁵

Aquí debo abrir un pequeño paréntesis para subrayar un punto crucial de la psicología humana, al menos de aquella que apareció simultáneamente con una vida más sedentaria adoptada por nuestros antepasados, que se encontraban en un punto de giro de la historia, sintiendo entonces y de cierta manera la necesidad de arrimar el hombro, por así decirlo, de vivir en clan y de sentar las bases de lo que se convertiría en la familia. Toda familia se basa en la autoidad y en el amor de los padres. Los hijos –que probablemente se convertirán también en padres– confunden tanto y tan frecuentemente estos dos sentimientos que, durante toda su vida, parecen esperar o buscar desesperadamente un reconocimiento primero de sus padres y luego de su sociedad. De ahí toda una educación, que consideramos procedente de una sana normalidad, basada en la recompensa, la competición, el mérito...

El *Tao Te King*, texto de referencia del taoísmo, es muy claro al respecto: «el sabio actúa sin esperar nada, cumple su obra sin apegarse a ella, y no desea mostrar su mérito».⁶ En efecto, si el «sabio» actúa, entonces no practica el famoso no-actuar que se atribuye erróneamente al Tao. En cambio, no espera ningún reconocimiento, ninguna recompensa por sus acciones o méritos y, lo más importante, no se apeg a sus actos, no se identifica con ellos. Así, cuando se interroga al oráculo del *I Ching*, la respuesta obtenida cobrará todo su sentido aquí y ahora. En el instante siguiente, al día siguiente o más tarde aún, según el orden natural de las mutaciones, su contenido diferirá necesariamente. Lo mismo ocurre exactamente con el tarot adivinatorio...

¿De dónde viene el tarot?

Surgido de las fusiones de las culturas indoeuropeas y judeocristianas, cuando apareció en Europa en el siglo ^{xiv}, el tarot se convirtió en un arte adivinatorio en toda regla. En su origen, probablemente se componía de un número mayor de tablillas en las que estaban grabadas palabras sagradas que, durante los siglos, se habían transmitido de forma oral (lo que hoy llamaríamos de boca en boca). El conjunto de estas tablillas constituía así una especie de Biblia para los más antiguos hinduistas, cuyos primeros textos de los Veda, su «doctrina sagrada», datarían al menos del 1 500 antes de nuestra era. Luego, poco a poco, a medida que los pueblos de las diásporas indoeuropea y judeocristiana penetraron, se cruzaron o enfrentaron en Europa –judíos, gitanos⁷ y bohemios, entre otros–, las tablillas de formas redondeadas que componían el tarot original se redujeron a los famosos cincuenta y seis arcanos menores.

En cuanto a los veintidós arcanos mayores, probablemente añadidos al juego de tarot por los judíos exiliados en Provenza y en España durante este período oscuro de nuestra historia, perseguidos y masacrados en Europa desde principios del siglo ^{xiv},⁸ si presentan similitudes sutiles con las veintidós letras-números de la Cábala (la *Kabbalah*), ello se debe a que los exiliados usaron este subterfugio para salvaguardar su precioso código. Desde entonces, estos veintidós arcanos suplementarios contienen arquetipos, signos y símbolos de una riqueza y profundidad que no pueden interpretarse ni revelarse sin una auténtica iniciación a su lenguaje.

Simultáneamente, el Tao cobró todo su sentido y toda su dimensión filosófica –luego religiosa– inspirándose en la armonía del mundo percibida a través del juego y las combinaciones de los ocho trigramas y de los sesenta y cuatro hexagramas del *I Ching*, «el libro de las mutaciones». Aunque están salpicados de numerosos comentarios atribuidos a Confucio, añadidos probablemente mucho después de su desaparición, los textos del *I Ching* parecen resultar a la vez de una aritmética básica y de una matemática celeste muy elaborada, ambas centradas en la mutación o la transformación recurrente de los elementos de la naturaleza entre sí, y de nuestros pensamientos, de nuestros estados de ánimo y de los acontecimientos de nuestra existencia, que les hacen eco.

Ciertamente, en China el taoísmo se convirtió, a lo largo de los siglos, en una religión popular, que perdió mucho de su pureza originaria. Sin embargo, no me detendré en esta necesidad visceral, inherente a prácticamente todos los pueblos del mundo, de identificarse con las mismas creencias al mismo tiempo,

de perseguir ciegamente el mismo objetivo, convencidos de que allí se encuentra la verdad, para acabar chocando de frente contra el mismo muro, inclinación que la psicología atribuye hoy en día a un narcisismo de grupo.⁹ A mis ojos, el Tao sigue siendo, ante todo, un modo de vida, de pensar, de ser. En ello, a través de todos los mensajes espirituales que puede entregarnos el *I Ching*, hace eco al tarot y más particularmente al juego y a las combinaciones de los veintidós arcanos mayores portadores de revelaciones.

UNA BREVE HISTORIA ALTERNATIVA DEL TAROT ADIVINATORIO

*El grado de verdad de la Historia sólo corresponde
al grado de verdad del individuo.¹⁰*

¿Cómo se convirtieron los arcanos menores del tarot en simples cartas de juego? Seguramente no en un solo día y probablemente por razones culturales que hoy denominaríamos «de integración». De hecho, el origen de los juegos de cartas no parece un producto de la cultura occidental, sino oriental. Por otro lado, en su origen, el tarot no consistía en un juego de entretenimiento. Era en realidad una herramienta pedagógica de carácter adivinatorio. A los ojos de nuestros antepasados, la adivinación no se reducía a un juego de adivinanzas. Hoy podemos verla como un maravilloso instrumento de la inteligencia humana, curiosa y ávida de comprender y conocer, y de mantener vínculos privilegiados con lo sagrado. Hoy en día, empleamos nuestra curiosidad únicamente para fines utilitarios, en un afán de rentabilidad, lo cual, por supuesto, limita nuestro campo de investigación y nuestra comprensión del mundo. Ya no nos preguntamos tanto por el sentido o la esencia de las cosas, sino por el beneficio inmediato que podemos obtener de ellas.

Hasta ahora, la curiosidad de los historiadores ha resultado muy limitada en lo que respecta al esoterismo, a las creencias de los sacerdotes y los pueblos de las civilizaciones antiguas, y todavía más, a los rituales de carácter sagrado o religioso de nuestros más lejanos ancestros homínidos; no disponemos de ninguna prueba histórica tangible e irrefutable de la aparición de los «juegos» de cartas. De ahí mi enfoque de una historia alternativa sobre el tarot. Parece ser que las primeras tablillas (primero de piedra, luego de madera), que hacían las veces de cartas, circularon en la India y en China al comienzo de nuestra era. Pero su creación probablemente sea anterior a esta fecha.

Mientras que en China las figuras geománticas, finalmente distribuidas según los principios del yin y el yang, terminaron adoptando el aspecto de los ocho trigramas que componían un oráculo que respondía simplemente con «sí» o «no» a quienes lo consultaban, en India apareció el Desavatâra, un juego de cartas que se avanzó a su tiempo, creado por los hindúes a partir de los diez *avatâra* (avatares o encarnaciones) de Vishnu, el dios solar del hinduismo, cuyo nombre significa «el Agente». Los *avatâra* o «descensos», entendidos como «encarnaciones de la Conciencia divina», constituyen las diez manifestaciones sucesivas de Vishnu en la Tierra. A cada una de ellas se asocia una leyenda mítica.

Así, en su primera encarnación, Vishnu tomó la apariencia de un pez, Matsya, que salvó al hombre de «la gran marea», el mito del Diluvio según el hinduismo. Luego se encarnó bajo la forma de una tortuga, Kûrma, simbolizando las energías vitales del hombre y sus aspiraciones elevadas. En su tercera encarnación, adoptó la forma de Vâraha, el jabalí, representando la conciencia del hombre emergiendo de las capas oscuras de su psique. Después, vino a la Tierra bajo el aspecto del hombre-león, Narashima, representando al hombre dueño de su conciencia. En su quinta encarnación, se convirtió en Vâmana, el enano, que dio «Tres Pasos» para medir el mundo, antes de aparecer bajo la forma de Parashu, el dios del hacha, y quebró la tiranía de los Kshatriya, la casta de los guerreros, que así se convirtieron en los servidores de los hombres. Para su séptima encarnación, se convirtió en Râma, el hombre ideal y perfecto. Luego, fue también Krishna, figura encarnada del Universo, y Buda, el Iluminado. Finalmente, su décima y última encarnación, muy esperada por los hindúes, al igual que el Mesías del Juicio Final en la Biblia, debería manifestarse como un caballo blanco llamado Kalki, símbolo de la vida eterna y de la victoria sobre la muerte.

Así pues, junto a los Vedas —un conjunto de textos que representan seis veces los contenidos en la Biblia y cuyos primeros datarían al menos de 1 500 años antes de Jesucristo, transmitidos durante mucho tiempo de forma oral—, el Desavatâra se componía de un conjunto de imágenes, signos, símbolos, ancestros de los números y las letras, grabados primero en tablillas de piedra, luego en madera. Constituía una especie de «juego» mnemotécnico a partir del cual los adeptos, los cantores, los oradores del naciente hinduismo podían transmitir las leyendas míticas asociadas a los *avatâra*.

Más tarde, este conjunto de tablillas tomó la forma de un juego de ciento veinte cartas, en las que seguían figurando los símbolos de las leyendas míticas

que relataban las diversas encarnaciones de Vishnu en la Tierra, así como sus atributos: peces, tortugas, jabalíes, leones, caballos, elefantes, monos, vacas, serpientes, aves, caracolas, lotos, cántaros, arcos, flechas, espadas, enanos, guerreros y, por supuesto, hombres y mujeres. No se podía emplear este juego con fines adivinatorios, religiosos o pedagógicos sin amoldarse a ciertos rituales. Aquellos que los cumplían podían entonces consultarlo. Por ello, la consulta de este oráculo no tenía ningún carácter elitista. Estaba al alcance de todos. Esta matización merece ser subrayada, ya que, con demasiada frecuencia hoy en día, queremos creer que sólo los seres dotados de un «don» de videncia o adivinación pueden interrogar a los oráculos.

Por otro lado, desde un punto de vista histórico, sabemos que el emperador mogol de la India Yalaluddin Muhammad Akbar (1542-1605), apodado «el reconciliador de hindúes y musulmanes», utilizaba comúnmente el Desavatâra, y que modificó ligeramente su simbología antes de introducirlo en Oriente Medio. Posteriormente, los bohemios y los gitanos, provenientes de una casta de intocables hindúes expulsados de la India y obligados a emigrar —unos por Italia y Alemania, otros por Egipto y el norte de África vía España—, lo introdujeron en Oriente Medio y en Europa.

El estampado —un invento chino que consistía en imprimir sobre papel (otro invento chino) piedras grabadas, que ya existía en el siglo VII—, luego la aparición de la xilografía, el grabado en madera —probablemente también de origen chino—, y finalmente la imprenta —una invención más de China—, dieron rápidamente un gran impulso a este juego, cuyas figuras y símbolos se impregnaron poco a poco de los nuestros. Y mientras que en Europa el juego del tarot suscitaba el interés que conocemos, surgía también el juego de cartas grabadas o impresas, con los palos que aún conocemos hoy en día. Sin embargo, los cincuenta y seis arcanos del tarot no desaparecieron, sobre todo porque los veintidós arcanos mayores añadidos más tarde transmitían símbolos queridos por los cabalistas, los talmudistas, los alquimistas y los astrólogos, judíos y no judíos, que proliferaron en Europa desde el siglo XIV, muchos de los cuales tuvieron que exiliarse, perseguidos por la Inquisición. Estos veintidós arcanos encerraban un código secreto y sagrado, que permitía a todos sus adeptos comunicarse entre sí, entregarse a sus rituales y vehicular sus trabajos.

¿Torah, Rota o Libro de Thot?

Así es como, según algunos, el tarot es posible que tome su nombre de la Torah, la Ley hebrea, constituida por los cinco primeros libros de Moisés y de la Biblia: el Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio, el código escrito del judaísmo, que los traductores griegos llamaron *pentateukhos*, Pentateuco o libro en cinco rollos. Para otros, el origen del tarot estaría en el nombre latino de la rueda: *rota*. Otros establecieron un vínculo entre el tarot y el Libro de Thot, el dios-escriba con cabeza de ibis, el sabio, el justo y el juez supremo del tribunal divino del antiguo Egipto, identificado con Cronos (Saturno), y luego con Hermes (Mercurio).

No obstante, aunque los arcanos mayores del tarot presentan analogías con las letras-números del alfabeto hebreo, aunque el conjunto de los arcanos mayores simbolizan la rueda de la vida y aunque, por último, el nombre del Ermitaño, el noveno arcano mayor, proviene de Hermes –lo que subraya el carácter universal del tarot–, el Desavatâra sigue siendo probablemente el ancestro indio de nuestro juego de tarot, del que deriva su origen histórico y el de su nombre, así como la importancia otorgada a los mitos y a los símbolos. «Los arquetipos universales parecen remitirnos a una misma matriz, la de los antepasados comunes a toda la humanidad. Esto permite emitir la hipótesis de que los mitos de los orígenes formaban parte del patrimonio cultural de los primeros *Homo Sapiens*...». ¹¹

EL LIBRO DE LAS EVOLUCIONES PROBABLES O LA INICIACIÓN A UNO MISMO

El futuro no está plenamente predeterminado; está abierto. En la medida en que puede modelarse matemáticamente, debe serlo en términos de dinámica caótica. Y ese caos, esa apertura, esa espontaneidad y esa libertad de la naturaleza proporcionan la matriz de la creatividad evolutiva.¹²

Vivimos en los siglos de la imagen. Ahora, con ayuda de nuestros juguetes tecnológicos para adultos (los teléfonos), podemos fotografiar o filmar el instante presente. Sin embargo, al hacerlo, nos abstenemos de vivirlo. Luego, al visionar nuestras imágenes, atrapados en una nostalgia inconsciente y contagiosa, y tratando de compensar nuestra angustia igualmente inconsciente hacia la muerte, nos evadimos y vivimos constantemente en el pasado, nunca en el momento presente. ¿Cómo, entonces, no iba a inquietarnos nuestro futuro? ¿Cómo no íbamos a aspirar, inconscientemente pero con todo nuestro ser, si no a eliminar, a liberarnos al menos del tiempo pasado, provocando, pese a nosotros mismos, crisis paroxísticas y salutíferas, exorcismos, revoluciones que nos obliguen a actualizarnos, a vivir el momento presente con intensidad, en otras palabras, a sentirnos vivos?

Los físicos nos dicen, en cuanto a lo que definen como el continuo espacio-tiempo, que el pasado, el presente y el futuro forman un todo indivisible. Sin embargo, parece que nuestra mente, fruto de nuestro ego, se obstina en dividir la unidad del tiempo en pasado, presente y futuro, inclinándonos a vivir en la ilusión de la realidad o en un mundo ilusorio. No obstante, si queremos entender bien que, en nuestra visión errónea de la realidad, el presente no es más que el pasado actualizado, y que lo mismo sucede con el futuro en relación

con el presente, percibiremos entonces esta continuidad inherente al tiempo, que implica paradójicamente una evolución perpetua. Todo sucedería como si nada cambiara realmente, sino que se transformara, mutara, evolucionara sin cesar. Y nosotros con ello.

Así, al consultar el oráculo del tarot, nos situamos no sólo en la posibilidad de percibir y vivir esos cambios que se producen en nosotros casi a cada instante, sino también de inscribirnos claramente en el continuo espacio-tiempo donde nada se congela ni se fija jamás. Desde el momento en que, a través del tarot adivinatorio, nos interrogamos sobre nuestro presente y nuestro futuro, nos volvemos aptos para comprender que en el mismo instante de nuestro cuestionamiento, nuestra situación ya no es la misma. En efecto, los arquetipos que forman constelaciones en nuestro espíritu, a la par con los arcanos del tarot que tenemos en mano, nos entregan un mensaje que nos proyecta hacia un futuro próximo y nos revela la evolución probable de nuestra situación.

Abandonarse a este movimiento evolutivo perpetuo constituye en cierto modo una iniciación a uno mismo, en tanto que toda respuesta que el tarot nos proporciona nos induce a ser nosotros mismos de forma mucho más consciente y plena y a vivir en el presente. Al descubrir la evolución probable de las situaciones que nos preocupan en tal o cual momento de nuestra existencia, nos adaptamos cada vez más fácilmente a los cambios, transformaciones y mutaciones que se producen a cada instante en nosotros mismos y a nuestro alrededor. Dicho de otro modo, evolucionamos sin cesar, siendo y permaneciendo iguales a nosotros mismos.

Por lo tanto, antes que tratar de adquirir cualquier perspectiva de desarrollo personal, hay que iniciarse en uno mismo, es decir, evitar dejarse influir sistemáticamente por nuestra mente, el niño terrible de nuestro ego, que interpreta constantemente lo que ve –lo que vemos o creemos ver–. A menudo se dice que nada cambiará nunca si no cambiamos nosotros mismos. En realidad, no hay nada que cambiar ni en nosotros mismos ni en el mundo que nos rodea, aunque muchas cosas tanto de nosotros como de nuestro entorno no nos convengan. Todo lo que debemos hacer consiste en evolucionar o, dicho de otro modo, dejar que operen en nosotros todas esas transformaciones sin las cuales no sería posible ninguna vida.

¿Por qué «evolución probable»?

Iniciarse en uno mismo implica ponerse a prueba, no creerse jamás poseedor de una verdad o de una certeza. «Quien se complace en demasiada certeza está, en verdad, lleno de incertidumbre. Nuestra vida es incierta; por eso un cierto sentimiento de inseguridad acompaña siempre a la verdad, más que a la ilusión o al farol de la certeza».¹³ Así, toda respuesta obtenida mediante el tarot adivinatorio, especialmente aquella que concierne a la evolución de nuestra situación en el momento en que consultamos el oráculo,¹⁴ no constituye en absoluto una certeza y, mucho menos, un destino inexorable, sino una probabilidad; es decir, en primer lugar, algo verosímil, que podemos estimar como tal, y en segundo lugar, un motivo eventual que podría resultar cierto.

Toda evolución probable implica que otros parámetros, que no aparecen en la combinación de arcanos correspondiente, pueden igualmente manifestarse, especialmente el hecho de que nosotros mismos podemos ejercer nuestro libre albedrío actuando, interviniendo, interfiriendo en el curso de los acontecimientos, o no haciéndolo. Nos encontramos, pues, cada vez, ante una respuesta abierta, si se me permite decirlo así.

Pero, por supuesto, la evolución a la que aquí nos referimos no guarda ninguna relación con la evolución de las especies –ese evolucionismo que alude en exceso a una supuesta selección natural, como si en la naturaleza reinara una especie de ley del más fuerte, cuando en realidad sabemos que la naturaleza destaca más bien por su generosidad, su prodigalidad, su enorme receptividad y la inmensa variedad de sus formas de vida–. Sabemos también lo que la humanidad –una de las ramas de la naturaleza– le ha infligido en términos de destrucción y despilfarro desde hace siglos, y aun así ella persiste en proporcionarnos todo el aire y los alimentos que necesitamos para vivir. Lo cual no nos impide considerarla hostil y verla como una enorme maquinaria sin alma, vacía de sentido.

En otros tiempos, era la naturaleza la que nos ponía a prueba. A través del contacto con ella, adaptándonos como podíamos al medio, al ambiente en el cual vivíamos dentro de ella –forzados a veces, por los numerosos cambios climáticos que se producían en la Tierra, a cambiar de lugar, migrar, encontrar cielos más benignos y tierras más fértiles–, la naturaleza nos obligó a evolucionar. Probablemente fue ella el origen del despertar y del desarrollo de nuestra conciencia. Hoy, separados de la naturaleza desde hace demasiado tiempo, queremos disfrutar por todos los medios de los beneficios que nos ofrece, procurando esforzarnos lo menos posible y evitándonos las luchas, las pruebas

que vivieron nuestros antepasados. Se trata de una pura presunción y de una actitud que pertenece al reino de la negación.

Dentro de nuestras sociedades, que creemos materialmente seguras, nos estancamos, cedemos a la facilidad, nos abandonamos a la inercia, dejamos de evolucionar. De ahí nuestras crisis esporádicas y repetitivas, de ahí la inquietante proliferación de nuevas enfermedades generadas por nuestras civilizaciones, nuestra impotencia para comprender sus causas y curarlas, de ahí los genocidios que tienen lugar aquí y allá en el mundo, ante nuestros ojos. De ahí nuestra propensión a vivir en la mentira, la negación, la indiferencia o el cinismo, que en realidad resultan de automatismos psicológicos inconscientes. «Es importante que nos demos cuenta de hasta qué punto nuestro condicionamiento cultural se fue intensificando a partir de la segunda mitad del siglo xx a consecuencia de teorías como las de Pavlov, relacionadas con el concepto de reflejo condicionado [...] El término “psicoprofilaxis” fue el primero en aparecer, le siguió la asociación de la palabra “natural” a los nombres de técnicas o métodos, como si la palabra “natural” fuera compatible con las palabras “técnica” o “método”». ¹⁵

En la Tierra, en el Universo y en cada uno de nosotros, nada parece predestinado, preestablecido, prescrito, ya que, en todo momento, se produce un cambio, una mutación, una evolución; es decir, una destrucción seguida de un nuevo nacimiento o creación. Se trata de un principio inmutable, inherente a la vida. Vivir al ritmo del principio evolutivo que nos dinamiza sin cesar: eso es, en esencia, lo que el lenguaje ancestral del tarot adivinatorio nos invita a hacer cada vez que, a través de él, nos hacemos preguntas a nosotros mismos...

EL INSTANTE CRUCIAL

*Toda manifestación de atención y aprecio hacia cualquier fenómeno
convierte ese fenómeno en algo sagrado.¹⁶*

El impulso instintivo no se puede controlar. Nos sobrecoge, se impone a nuestra atención con tal fuerza y tal intensidad que no podemos resistirnos. En este tipo de circunstancias, nos vemos atrapados en un mar de elementos y factores materiales y psicológicos que son ajenos a nuestra voluntad, y, por lo tanto, toda posibilidad de recurrir a nuestro libre albedrío queda excluida. De hecho, cuando el espíritu y la materia actúan al unísono en nosotros y en armonía o en ósmosis con nuestro entorno, en un momento único en cuyo centro nos hallamos, no tenemos más opción que someternos a ello. Esto provoca con frecuencia una disminución de la actividad mental, lo que no significa en absoluto un embotamiento, sino un oscurecimiento provisional y saludable, en este caso, de lo que la ciencia define como la «actividad neocortical», de la cual derivan todas nuestras inhibiciones.¹⁷

Una actitud así pertenece al puro instinto, como aquel que encarnamos por completo cuando está en juego nuestra vida. Efectivamente, cuando se trata de salvar nuestro propio pellejo, como se suele decir, dejamos de pensar y reaccionamos o actuamos de manera instantánea. Nos comportamos a nuestro pesar como aquel discípulo ignorante de un *rishi*,¹⁸ impaciente por adquirir la sabiduría y el conocimiento perfectos. «¿Qué debo hacer para lograrlo?», preguntó a su maestro. Éste tomó al discípulo de la mano, lo llevó al centro de un río de aguas turbias y le hundió la cabeza bajo el agua por la fuerza. Cuando lo sintió desfallecer, soltó su presa y lo ayudó a salir a la superficie. «¿Qué sentiste?», le preguntó el *rishi* en cuanto recuperó el aliento. «Sentía